

# LA NOVELA MEXICANA FRENTE AL PORFIRISMO

J. S. BRUSHWOOD

CUANDO LOS MEXICANOS se dieron cuenta de que Mariano Azuela había captado en *Los de abajo* la esencia de las conmociones revolucionarias que siguieron a la caída de Porfirio Díaz, la novela comenzó a desempeñar con plena seguridad su función de intérprete de la nación mexicana.<sup>1</sup> Sin embargo, muy poca atención se ha concedido al papel de precursoras que tuvieron las novelas de la época de la dictadura. El hecho evidente de que los autores más conocidos de entonces fueron partidarios del régimen de Díaz, ha hecho menospreciar las críticas que hicieron a los defectos de ese régimen, como también se han olvidado las objeciones de otros escritores no tan inclinados hacia el porfirismo. Alguna atención han merecido las primeras y casi olvidadas novelas de Mariano Azuela, y unos pocos investigadores han comentado las inquietudes sociales perceptibles en las novelas de Heriberto Frías y de otros autores que eran partidarios decididos de la estabilidad de don Porfirio; pero nadie ha sabido reconocer el lugar que ocupa este género literario en la trama de acontecimientos y de ideas de donde resultaría la Novela de la Revolución.

La dictadura consiguió mantener una superficie de calma gracias a la cual se disimularon los hechos económico-sociales que ocasionaron su derrumbe; y, de manera análoga, las esperanzas manifestadas por los novelistas de que las ansiadas reformas pudieran llevarse a cabo sin violencia, han disimulado el hecho de que el estado de descontento que se revela en sus obras llevó de manera lenta, pero inexorable, a la rebelión contra un orden tan artificialmente mantenido.

La insistencia en el orden, y las injusticias sociales que resultan de esa insistencia durante la dictadura porfirista, tien-

den a hacer creer, al observador poco preparado, que las quejas económico-sociales relativas a aquel período son fruto de circunstancias inherentes a la dictadura. Es verdad que tales circunstancias estuvieron agravadas por las actitudes sociales de la clase dominante; pero también lo es que sus raíces se hunden a gran profundidad en la historia mexicana, y que la provocación más inmediata de los problemas de la época de Díaz debe encontrarse en el hecho de que el movimiento de Reforma había llamado la atención sobre esos mismos males prometiendo remedios que nunca llegaron a ponerse en práctica.

LOS IDEALES inspiradores del movimiento juarista están expuestos con bastante detenimiento por Nicolás Pizarro en dos novelas publicadas en 1861: *El monedero* y *La coqueta*.<sup>2</sup> Para quien se propone estudiar la ideología del autor, la primera de estas novelas es, desde luego, la más interesante. En cuanto obra literaria, deja mucho que desear. Abundan en ella las situaciones inverosímiles y las exageraciones sentimentales que estaban de moda en la prosa novelística de la época. Pizarro escribió más de seiscientas páginas en su esfuerzo por plasmar sus ideas en forma de ficción, y la verdad es que muy a menudo el lector siente que a Pizarro se le ha perdido la hebra del relato.

*El monedero* no nos deja dudas en cuanto a la postura ideológica del autor: siente, desde luego, una profunda simpatía por todos los aspectos desdichados de México, entre ellos el problema del indio, y es evidente que considera a la sociedad mexicana muy descuidada en el cumplimiento de un deber urgentísimo. El recurso de que se vale para expresar sus ideales es la fundación de una comunidad agraria cooperativa que él llama "socialista". La historia de esta empresa constituye el núcleo central de la novela, en torno al cual hay cierto número de episodios que relatan los amores y aventuras de los distintos personajes. La cooperación y la igualdad son las principales características de la vida en la comunidad modelo soñada por él. Sus metas son el progreso técnico y la educación para todos. El fundador de la comu-

nidad es un sacerdote en cuya personalidad predominan decididamente las tendencias éticas sobre las místicas, pues lo que le interesa son las relaciones adecuadas de los hombres entre sí. Si Pizarro ha elegido a un sacerdote como espíritu guiador de esta empresa de redención social es, con toda seguridad, porque creía que tan vasta finalidad sólo podía conseguirse mediante la influencia de que gozaba el clero entre el pueblo. Sin embargo, es igualmente seguro que ese sacerdote tenía que ser alguien que mereciera la aprobación de Pizarro, es decir, un cura a quien le importara más el bienestar material del pueblo en este mundo que las promesas espirituales para un mundo por venir. En *El monedero*, el padre Luis se ha alejado a tal grado del papel ordinario del sacerdote católico, que llega a pedir la dispensa de ciertos votos con objeto de contraer matrimonio y convertirse de manera definitiva en un elemento de la comunidad.

*La coqueta* es una novela mucho más breve y, en opinión nuestra, mucho mejor lograda desde el punto de vista literario. Pizarro nunca llega a pasar de la mediocridad en cuanto novelista; pero en *La coqueta* nos cuenta un asunto bastante bueno según la manera de la época —manera anticuada y extraña para un lector de ahora—, y consigue con cierto éxito entretejer en sus páginas la ideología que le es propia. Si la comparamos con otras novelas posteriores, los esfuerzos de Pizarro podrán parecernos desmañados; pero *La coqueta* es la mejor tentativa que había realizado hasta entonces, en esa dirección, la literatura mexicana. Aquí el autor no se empuña tan machaconamente en expresar su ideología como en *El monedero*; pero no cabe duda de que *La coqueta* es una defensa de los principios democráticos en general y de la Constitución mexicana de 1857 en particular. El tema de la comunidad modelo se introduce hacia el final del relato a manera de desenlace.

La influencia del movimiento de Reforma puede verse reflejada en la novela costumbrista. Algunos autores —Juan Díaz Córdova, por ejemplo— consideran cada vez con mayor atención el problema de las clases económicas. Otros —por ejemplo Juan A. Mateos— suelen identificar de ma-

nera tan tajante en sus novelas históricas el liberalismo con el patriotismo, que su exposición resulta ser una verdadera invectiva, y no ya una ideología en sentido estricto. Sin embargo, ni uno ni otro de estos procedimientos novelísticos intentaron expresar lo que encontramos en la obra de Pizarro, pues éste pasó mucho más allá del mero comentario acerca de las condiciones sociales y de la mera exposición de un credo político. Pizarro, en efecto, sugiere una nueva estructura económico-social y da por sentado que no existen serios obstáculos en el camino que conduce a su realización. Ignacio Manuel Altamirano asume, en gran medida, esa misma postura, según vemos en *La Navidad en las montañas* (1870).

Altamirano era mucho mejor novelista que Pizarro, y su obra es, desde luego, más convincente. Aunque *La Navidad en las montañas* es un cuadro de costumbres algo desarrollado más bien que una auténtica novela, el autor era tan consciente de lo que significaba la estructura en la prosa de ficción, que logró organizar los materiales de su relato con una habilidad sin precedentes en México. Por otra parte, supo manejar tan acertadamente el arte de la caracterización, que sus personajes parecen más reales que las figuras de Pizarro, las cuales se nos antojan títeres movidos con hilos. Y, lo que es más importante, Altamirano fue capaz de apreciar y expresar la atmósfera de lo local, y así hermoseó su obra con un elemento gracioso que brilla por su ausencia en Pizarro. Todas estas razones explican que *La Navidad en las montañas* haya seguido leyéndose a través de los años (a lo cual no es ajeno, ciertamente, el grato efecto de nostalgia que deja en el lector), mientras que las novelas de Pizarro han quedado relegadas al olvido, hasta época muy reciente, y ahora son objeto de estudio debido sobre todo a su interés ideológico.

La cualidad que tienen en común Pizarro y Altamirano, y que los distingue de los demás novelistas de la Reforma, es precisamente el íntimo convencimiento de que los ideales reformistas pueden ponerse en práctica, y el optimismo que manifiestan en cuanto a la posibilidad de su realización. No cabe duda de que Altamirano —por lo menos durante sus años de mayor actividad literaria— estaba persuadido de la

necesidad de cambios y mejoras para la República. A través de la revista *El Renacimiento* —título muy significativo por sí mismo— quiso impulsar una literatura nacional que tomara en cuenta el carácter del país y que, al propio tiempo, inculcara el profundo sentido moral tan intensamente deseado por él, un sentido moral hecho sobre todo de honradez básica, de respeto para los derechos de los demás, y que, si hubiera que definirlo con una sola palabra, podría identificarse con el “orden”. Este deseo tan concreto vino a ser una fuerza dominante durante el período porfirista, y fue sin duda el factor que hizo tolerable la dictadura para no pocos intelectuales.

El nuevo interés por la literatura sobrevino en una época en que ya estaba balbuceando el movimiento de Reforma. Después de unos diez años de turbulencia, señalados por la Guerra de Reforma y por la Intervención francesa, el gobierno de Benito Juárez se estableció en 1857, y entonces se inició la realización de los anhelos reformistas. Se tomaron varias medidas, la más espectacular de las cuales afectó la posición de la Iglesia dentro de la sociedad mexicana, de manera que la Reforma se atrajo la oposición de los elementos tradicionalistas y conservadores. Bien visto, existía un abismo bastante ancho entre las leyes promulgadas por la ideología liberal y el vivir y el pensar reales del pueblo mexicano. Emilio Rabasa llegó a decir, con innegable justicia, que la Constitución sirvió dignamente como símbolo, pero no como ley fundamental.<sup>3</sup>

Hacia la misma época, Gabino Barreda introdujo el positivismo en el pensamiento mexicano. La orientación científica de esta nueva filosofía sirvió muy bien a los anhelos de orden y progreso proclamados por el movimiento de Reforma. También sirvió a los objetivos materialistas de la clase media, que, cada vez más poderosa, marchaba en todo —excepto en el deseo de orden— a contrapelo de las finalidades de la Reforma. Tanto el positivismo como el liberalismo eran aborrecibles para los elementos conservadores y tradicionalistas; el tradicionalismo era inaceptable para la materialista clase media; pero el positivismo podía emplearse como justi-

ficación del lucro material. La ideología positivista prometía orden, y, pudiendo mantenerse el aspecto anti-religioso del positivismo dentro de límites razonables, el orden prometía la continuidad de la posición económica y social de los tradicionalistas. Así, pues, todos aceptaron calurosamente la idea de "orden", excepto los liberales que se empeñaron en mantener una actitud de intransigencia.

PORFIRIO DÍAZ se levantó contra Juárez en 1871, debido quizá a las tendencias dictatoriales de Juárez, o quizá movido por su personal ambición de poder; pero esta ambición no se vio coronada con el éxito hasta después de que Sebastián Lerdo de Tejada ocupó la silla presidencial, a la muerte de Juárez. Desde 1877 hasta 1910, Díaz fue la figura dominante de la política mexicana. Cualesquiera que hayan sido en un principio sus móviles, lo cierto es que acabó por convertirse en patrocinador de tendencias esencialmente contrarias al espíritu de la Reforma. Sostenido de un lado por los tradicionalistas, y de otro por la ambiciosa clase media, contentó a la primera permitiendo —de manera no oficial— que la Iglesia recuperara su poder, y adquirió ascendiente entre la segunda concediendo ventajas económicas a sus miembros. El anhelo de orden era el único vínculo que mantenía tan extraña unión, de manera que había que conservar este orden, costara lo que costara. El precio pareció bastante alto a muchos hombres honrados, provocando en los partidarios del régimen porfirista un verdadero problema de conciencia.

La aceptación de las corrientes realistas aumentó durante los años que siguieron a 1867, y puede decirse que esta tendencia fue la dominante en la literatura a partir de 1887. En México, el realismo provenía de dos fuentes. En primer lugar, se insertaba en una tradición de las letras mexicanas y españolas que se complacía en exhibir los hechos de la vida cotidiana y que cargaba el acento, de manera particular, sobre las flaquezas humanas existentes en toda sociedad. La segunda fuente de esta corriente literaria fue el realismo francés, bajo cuya influencia los novelistas se enseñaron a mirar con objetividad la realidad que se desplegaba ante su vista, y

a estudiar la causa y el efecto de las situaciones tratadas en sus obras.

Dice muy bien Joaquina Navarro que "los autores realistas, por el hecho de serlo, tuvieron que tomar en su obra posiciones muy claras y definidas en cuestión de ideas sociales".<sup>4</sup> Sin embargo, los realistas mexicanos no se apegaron al "método" tan estrictamente como sus colegas de Francia, y, en consecuencia, su posición no siempre se nos muestra tan clara como podría hacernos creer el comentario de la profesora Navarro. Entre los novelistas que eran partidarios del régimen de Porfirio Díaz, una posición clara en apariencia suele aparecer nublada por puntos de vista que no se explican cómodamente en vista de la posición básica. Fácil es ver en qué aprietos se encontraba el escritor realista partidario de Díaz: por el hecho de ser escritor realista, se veía forzosamente en la infeliz situación de presenciar condiciones sociales que debía pasar por alto o bien justificar de alguna manera, para poder seguir prestando apoyo al régimen que le garantizaba el orden gracias al cual tenía la posibilidad de observar y escribir. En México, los constantes disturbios sociales habían sido uno de los obstáculos más serios para la producción literaria. Así, pues, no es difícil comprender que los escritores tuvieran que vencer una tremenda repugnancia antes de decidirse a alterar la tranquilidad social, tan a duras penas conseguida.

El régimen de Díaz nunca estuvo a salvo de críticas. Los ataques inspirados por la lucha de partidos abundan en la prensa durante la campaña de Díaz contra Juárez y Lerdo de Tejada, y los críticos antiporfiristas nunca quedaron reducidos por completo al silencio, si bien es verdad que sus posibilidades de expresión fueron prácticamente nulas en los años en que la dictadura se asentó con mayor firmeza. Algunas de las críticas sociales escritas durante los primeros años de la presidencia de don Porfirio no iban enderezadas precisamente contra él, puesto que no hacían sino continuar el examen de problemas que, surgidos antes de su ascenso al poder, continuarían en los años posteriores, a veces con mayor virulencia.

Entre las obras novelísticas publicadas durante estos años,

encontramos dos que revelan algo más que un interés ordinario por las condiciones sociales: *Los maduros*, de Pedro Castera, y *Pobres y ricos de México*, de José Rivera y Río.

La primera de estas novelas, publicada en 1877, es una estampa de la vida de los mineros, en la cual vemos las dificultades que tienen para conseguir trabajo y sus aprietos económicos. Es una novela bastante curiosa, porque el autor tendía normalmente hacia el sentimentalismo, y sus personajes son una desconcertante mezcla de sentimiento y de grosero materialismo. Castera, que se complacía en exponer con gran detalle la naturaleza del amor, estaba asimismo interesado en revelar la nobleza del obrero. Si tuviéramos que reducir a la fórmula más simple su tema, diríamos que es el poder del dinero. Sin embargo, esta novela se distingue de otras de la misma índole en que los personajes de las clases pobres se retratan en forma mucho más auténtica que de ordinario.

La novela de Rivera y Río, *Pobres y ricos de México*, es una acusación contra la clase media rica, cuyos miembros han alcanzado invariablemente su posición económica por medios deshonestos o, cuando menos, por procedimientos discutibles desde el punto de vista ético. Se publicó por primera vez en 1876, y gozó del raro privilegio de tener dos nuevas ediciones en 1884 y 1886, circunstancia reveladora de un interés considerable en el tema durante los primeros años del régimen de don Porfirio. El autor carga siempre el acento sobre la corrupción moral de los ricos. Los "pobres" son, en su mayor parte, personas cuyas costumbres y nivel moral son eminentemente superiores. Su falta de dinero es resultado de algún infortunio concreto e individual. El novelista consagra cierto número de páginas a la descripción de los grupos más indigentes de la ciudad de México, pero no ofrece explicación alguna del estado en que se encuentran en cuanto clase social, y la única solución que propone es una mejor administración de la beneficencia pública.

José Rivera y Río es un novelista mal dotado no sólo de imaginación, sino aun de ojos para ver. Sus novelas, llenas siempre de exageraciones emotivas, recurren al sensacionalismo para provocar interés. La trama de aventuras se parece



a la corriente de un río: siempre está fluyendo, y siempre es la misma cosa. La incapacidad que tiene para ver los problemas de México en una perspectiva realista sólo es igualada por la incapacidad intelectual para ahondar debidamente en sus causas. El no haber sabido ver a los pobres de México como una clase social, con problemas comunes a todos sus miembros, le hace incurrir en una flagrante exageración: da a los inmorales nuevos ricos, en *Pobres y ricos de México*, una importancia numérica que distaban mucho de tener. Las observaciones morales de Rivera están hechas en tono de cháchara puritana, y su manía de dividir personajes y situaciones en dos categorías tajantemente diversas, una en que todo es bueno y sin mancha, y otra en que todo es malo de remate, apaga en el lector esa simpatía por los pobres que tanto se empeña en crear.

Si se considera *Pobres y ricos de México* como documento de una época, su aspecto más interesante es el tratamiento que recibe el positivismo. El autor lo considera un mal horrible. No comprende que pueda haber el menor augurio de progreso en la ideología positivista. Según él, la nueva filosofía sirve más bien para fomentar las tendencias malsanas y materialistas de los malos y para frustrar el idealismo de los buenos.

El desenlace es de naturaleza completamente individual, basado como está en la pura invención del autor con respecto a los distintos personajes que aparecen en la novela. La solución del problema en *Los maduros* de Castera se fragua de modo muy parecido. Aunque ambos novelistas dan a entender que existen grupos amplios e identificables que viven bajo las condiciones que describen, ninguno de ellos examina estas condiciones ni hace ver qué remedio podría ser valadero para toda la clase social cuya suerte les preocupa.

En el año 1885 salió de las prensas la primera edición del *Perico* de Arcadio Zentella, novela que se nos muestra muy adelantada respecto a su época por el vigor de su protesta social y por su decidida aceptación de la técnica realista. Es notable lo temprano de su fecha; sin embargo, su segunda edición, aparecida veinte años más tarde, se leyó en una época

en que era posible apreciar mejor su importancia en cuanto testimonio de protesta social.

En los mismos años en que los difusos e imprecisos comentarios de Rivera y Río acerca de las clases económicas más bajas disfrutaban de popularidad en México, apareció en el *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza* un artículo de Enrique Laubscher, el cual demuestra que había personas capaces de concretar un problema y de apuntar su solución. Este problema es el de las relaciones del indio con la nación mexicana.<sup>5</sup> Leopoldo Zea ha escrito que los positivistas de México excluyeron de sus preocupaciones al indio, considerándolo, no como mexicano, sino como miembro de una raza conquistada.<sup>6</sup> La actitud más generosa para con el indio daba por sentado que éste no llegaría a ser parte integrante de la nación mientras no comprendiera qué significaba tal cosa. Laubscher adopta un punto de vista acorde con el positivismo, pero la generosidad de que da pruebas sobrepasa, ciertamente, la actitud general tal como la describe Zea. Según él, el indio debe recibir educación para poder sentir el anhelo de convertirse en parte de la nación mexicana. Más aún: afirma que este paso es esencial para el bienestar del país, porque el indio es la base de su productividad agrícola. Tras expresar la opinión de que poco o nada se ha hecho por el indio desde su cristianización en la época colonial, Laubscher acepta como programa de acción un manifiesto publicado en Celaya, el 16 de septiembre de 1883, por una organización de maestros llamada Sociedad Hidalgo. Este programa proponía la fundación de instituciones en que se formarían nuevos maestros, de escuelas industriales para los jóvenes, de escuelas dominicales y nocturnas para adultos y niños de ambos sexos, de cursos especiales destinados a la instrucción de las madres, y pedía además que se auxiliara económicamente a los maestros dedicados a la instrucción primaria.

LAUBSCHER Y LOS NOVELISTAS arriba mencionados se interesaron por la situación social, pero no se ocuparon concretamente de Porfirio Díaz. Sin embargo, sería equivocado creer que el dictador estuvo libre de ataques directos. Ya en 1880, *El Pa-*

*dre Cobos*, bajo la dirección de Ireneo Paz, lo atacaba con una furia que nadie llegaría a igualar. Paz, autor de varias novelas históricas escritas conforme a la tradición romántica, casi no da en ellas ninguna prueba del ardor combativo que encontramos en *El Padre Cobos*. Esta revista expresaba sus ideas principalmente por medio de caricaturas que presentaban un mensaje social o político. Una de las caricaturas, intitulada "Igualdad", retrata a un Díaz glotón y de aspecto idiota sentado a una mesa suculentemente servida, mientras la gente muerta de hambre lo contempla con expresión lastimosa y colérica.<sup>7</sup> A través de esas caricaturas, y de fragmentos satíricos en prosa y en verso, *El Padre Cobos* predicaba que don Porfirio no tenía ningún respeto por la Constitución ni por los derechos humanos.

El ataque más inteligente contra Díaz durante los primeros años de su gobierno apareció en *El Lunes*, periódico semanal fundado por el novelista Salvador Quevedo y Zubieta. También este autor fue mucho menos explícito en sus novelas que en el resto de sus escritos por lo que se refiere a la apreciación del régimen. Pero su crítica periodística era tan clara e intrépida, que por conveniencia propia se vio obligado a pasar varios años en Europa. El tono de esta crítica de *El Lunes* puede verse muy bien en la siguiente cita, tomada de un artículo sin firma, en que se elogia a Arista y se condena a Díaz (10 de octubre de 1881):

Los servicios eminentes son los del hombre que sube al poder sobre los cadáveres amontonados en diez años de revoluciones de ambición; el que se mantiene en ese poder sobre las víctimas asesinadas en Veracruz; el que, agravando los males del país, sostiene y multiplica la soldadesca; el que, concentrando en sí todas las soberanías y aboliendo las libertades públicas, rompe por todas sus partes la ley suprema del país; el que, por último, haciendo una falsa abdicación de mando, se retira del poder lleno de riquezas sacadas de quién sabe dónde, y no para dejar que su patria se dirija por el solo impulso de sus fuerzas libres, sino para tenerla postergada bajo su oculta influencia y para preparar un segundo reinado tras un interregno de cuatro años!<sup>8</sup>

Las voces de protesta fueron una nota disonante relativamente poco notable en una sociedad que, lejos de tomar en

cuenta la idea de cambiar el nuevo régimen, aceptaba de todo corazón la estabilidad que prometía. Sin embargo, las protestas directas contra la dictadura continuarían, en cuanto esto era posible bajo las reglamentaciones de un gobierno cada vez más susceptible, y llegarían a adquirir fuerza considerable en los últimos años de la presidencia de don Porfirio. Mientras tanto, la protesta se robustecía en virtud de una especie de crítica indirecta expresada en la obra de ciertos escritores que, aunque partidarios del régimen de Díaz, mostraban una intranquilidad social sumamente reveladora.

En lo exterior, como es bien sabido, México prosperó en la época de Díaz. Don Porfirio supo conservar siempre un doble apoyo, el de los tradicionalistas y el del elemento positivista y "científico". Estabilidad y progreso material fueron las claves de su larga presidencia, y el lucro económico fue la meta de no pocos individuos. Fue una época de paz y de orden, conservados mediante la supresión, cada vez más brutal, de las protestas expresadas por personas o por grupos. La paz y el orden fueron, no las características naturales de este período histórico, sino las condiciones necesarias, e impuestas por la fuerza, para que la clase media pudiera seguir mejorando su posición económica. Mario Gill ha mostrado con absoluta claridad que nunca hubo verdadera paz bajo la dictadura. Varios levantamientos, sin relación unos con otros, tuvieron lugar desde la victoria de Tuxtepec en 1877 hasta los incidentes de Tomochic y Temosáchic en 1892 y 1893. Teresa Urrea, "la santa de Cabora", fue la chispa que encendió estos últimos brotes de descontento, y su influencia se siguió sintiendo hasta el día en que, tras solicitar la ciudadanía norteamericana, suspendió sus actividades antiporfiristas.<sup>9</sup> Los años que median entre este hecho (1894) y el comienzo del movimiento de los Flores Magón (1901) constituyen el período de dominio más completo de la dictadura sobre la sociedad mexicana.

DENTRO DE ESTE MARCO social apareció en México la novela realista. Los escritores anhelaban la paz, no sólo con miras al bienestar de la nación, sino también para poder cultivar

tranquilamente las letras. Sin embargo, a pesar de sus grandes deseos de paz, de ninguna manera podían cerrar los ojos a los hechos en medio de los cuales vivían, y se esforzaron en consecuencia —a menudo con cierta torpeza— por resolver el dilema en que se encontraban. “La revolución de 1910 —ha dicho muy bien Carlos Torres Manzo— estaba pendiente del techo sobre la cabeza de los literatos de fines del siglo pasado, amenazadora y disolvente.”<sup>10</sup>

El primero de los escritores realistas más conocidos de México, Emilio Rabasa, publicó en 1887 y 1888 sus cuatro novelas, relacionadas entre sí: *La bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda falsa*. Desarrolla en ellas dos principales corrientes de crítica social: el oportunismo y la corrupción en la política, y la falta de honradez en la prensa. Presenta un alegato en favor del orden cuando describe la revuelta pequeña y estrictamente local desencadenada por un político sin escrúpulos, Cabezudo, para encaramarse en el poder. El novelista subraya la frustración del idealismo en el rival de Cabezudo, Quiñones, y ve en la falta de honradez periodística un síntoma pésimo de la sociedad y la política mexicanas.

La producción novelística de Rabasa tiene una cualidad picaresca que la relaciona mucho más estrechamente con el tradicional realismo hispánico que con la influencia francesa. Sus obras tienen la misma floja arquitectura de la novela picaresca, y esta misma influencia lo hizo capaz de delinear a sus personajes claramente, con brochazos rápidos y acertados, y a menudo con verdadero humor. A Rabasa no le interesa el desarrollo coherente de todos los personajes de sus novelas. Su atención está atada siempre a los dos protagonistas a través de los cuales desea expresar sus comentarios sobre las cosas; las demás figuras se introducen ya hechas y formadas, y se utilizan sólo en la medida en que hacen falta para redondear el cuadro dominado por los héroes principales. Cabezudo y Quiñones comienzan en el escalón más bajo y van subiendo hasta ocupar puestos de importancia en los campos de actividad criticados por el novelista: la política y el periodismo. El humor de Rabasa nos hace pensar a veces que lo que está trazando es una caricatura; sin embargo, subsiste

siempre su sinceridad fundamental, y es evidente que el orden que anhela es un orden que debe brotar de la moralidad de los individuos. Análogo punto de vista se encuentra en otras dos novelas basadas en posturas críticas también análogas: *Reproducciones* (1895-96), de José Ferrel, y *Pacotillas* (1900), de Porfirio Parra. La cuestión religiosa no entra en consideración. La ansiada moralidad parece tener una base científica. Sin embargo, ninguna de las novelas deja en el lector la impresión de que esta moralidad esté a punto de convertirse en un hecho.

En 1891, Rabasa publicó una novela corta, *La guerra de tres años*, su última producción literaria. Es, en cierto sentido, un compendio de sus anteriores escritos novelísticos. Su estilo y su manera de tratar los materiales son los mismos. Interesado de nuevo en la situación política de una pequeña población, Rabasa se ocupa del problema que surge cuando el jefe de la localidad pone en vigor las medidas anticlericales de las Leyes de Reforma, estorbando el proceso normal de la vida religiosa en la población. Hay en ésta liberales lo mismo que conservadores, y no llega a reinar la paz hasta que el jefe político abandona su puesto y recibe, en otro lugar, un nombramiento más importante. Esta solución forzada está muy de acuerdo con el tema de la novela, que es la distancia que media entre la ley y el pueblo.

EL ESTUDIO DE LA VIDA en una ciudad de provincia encuentra su expresión más artística, dentro de esta época, en los cuentos y novelas de Rafael Delgado. Para Delgado, la alegría más grande era la virtud tradicionalista, la virtud de la clase media. Y, no obstante —aunque ciertamente sin la menor intención de escribir literatura revolucionaria—, identifica en tal forma las clases sociales, que el lector comprende que no puede durar una estabilidad afirmada sobre tales bases.

Las novelas de Delgado ostentan una mezcla de romanticismo y realismo que a veces da lugar a una exageración de lo sentimental dentro de un conjunto realista. El fenómeno molesta al lector por su improbabilidad hasta que, tras un poco de reflexión, se da cuenta de que esta carga sentimental

es bastante probable en la situación retratada por el novelista. Los libros de Delgado son novelas de costumbres, y no contienen tesis políticas. En *La calandria* (1890-91) y en *Los parientes ricos* (1901-02) se da alguna importancia al tema del poder del dinero y al efecto degradante que tiene sobre los ricos. Es precisamente el tema que había acometido Rivera y Río en *Pobres y ricos de México*, aunque debemos observar, en honor de Delgado, que él es un novelista mucho más consumado. El autor de *Los parientes ricos* no recalca la vileza de procedimientos con que la clase media ha adquirido su fortuna, ni tampoco traza una categórica raya divisoria entre los pobres, siempre honorables, y los ricos, siempre sinvergüenzas. Sin embargo, es evidente que, para él, los pobres están a merced de los ricos, como también es evidente que desaprueba las aspiraciones materialistas de la clase media.

Delgado no muestra simpatía por las masas, y parece compartir la actitud de muchos de sus contemporáneos frente al indio, o sea no tomarlo en consideración para nada. Reconoce, es verdad, la vitalidad de la clase baja, pero tiene el cuidado de atribuir esta vitalidad a herencia hispánica.<sup>11</sup> Quizá pueda decirse que esa misma vitalidad viene a constituir el tema principal de los cuentos de Ángel de Campo, aunque éste nunca tuvo, ciertamente, semejante preocupación como tema. Joaquina Navarro compara su obra con la de Delgado,<sup>12</sup> y dice que “la crítica suave del novelista veracruzano [Delgado] se convierte en Ángel de Campo en protesta impaciente”.<sup>13</sup> Sin embargo, los cuentos de Ángel de Campo no contienen ideas revolucionarias alarmantes; lo que hay en ellos es un deseo suavemente expresado, pero constante e impaciente, de mejor educación y de mejores condiciones económicas para los habitantes de la capital a quienes conoció tan a fondo el autor, y de cuyas filas salían sabios y mendigos —y rebeldes. Con plena razón ha llamado Mauricio Magdaleno a Ángel de Campo el “tierno precursor de la trepidación revolucionaria”.<sup>14</sup>

EL TERCERO de los grandes escritores realistas, José López Portillo y Rojas, fue el único que se interesó por el México rural.

Escribió tres novelas y gran número de cuentos, muchos de los cuales se publicaron antes de la aparición de su primera novela, en 1898. Hijo de padres ricos, propietarios de tierras en Jalisco, hizo muchos viajes al extranjero y llegó a distinguirse en la vida pública lo mismo que en las letras. No sólo escribió cuentos y novelas, sino también poesía, crítica literaria, relatos de viaje, historia y teoría política. Gran parte de su obra pertenece al período posterior a 1910. La expresión más interesante de sus ideas, en la época que precedió a Madero, se encuentra en su prosa de ficción. Además de ser un escritor muy notable desde el punto de vista estrictamente literario, López Portillo es uno de los hombres más dignos de interés, entre los de su época, desde el punto de vista de la ideología. Sus actitudes sociales revelan, muy a las claras, la confusión y la pugna de conciencia que suele entrecruzar, aunque no siempre se perciba claramente, en algunos de sus contemporáneos. En *Nieves*, cuento que apareció en 1887 en una revista de Guadalajara, *La República Literaria*, López Portillo revela ciertas actitudes que más bien cabría esperar en la Novela de la Revolución. Los materiales del cuento provienen de los recuerdos de una visita, hecha algunos años antes, a la hacienda de su familia. Las reminiscencias del autor y la acción contemporánea constituyen el núcleo del relato. Una escena particularmente reveladora es el recuerdo de la raya semanal de los peones. La conciencia que tiene López Portillo de las condiciones de vida de estos campesinos, según se manifiesta en la escena que describe, produce un efecto igual al de una escena análoga de *Tierra*, la novela de Gregorio López y Fuentes. La intriga del cuento se desarrolla en torno al lascivo deseo que uno de los hacendados vecinos tiene por Nieves, encantadora rancherita. El autor critica la floja moralidad de algunos de los peones, pero Nieves y su prometido son personas completamente dignas, y López Portillo expresa con bastante violencia la opinión que le merece la injusticia cometida con ellos:

Hay por desgracia en México, país de instituciones libres, donde se ha proclamado la emancipación de los pequeños de la tiranía de los grandes, buen número de propietarios rurales que aún



mantienen de hecho vivos en sus posesiones los antiguos derechos de honras y haciendas sobre sus sirvientes, como si aún fuesen éstos los antiguos siervos del terruño. Se administran justicia por su propia mano; sujetan a los infelices al tormento del cepo; les rebajan los salarios; les pagan con maíz, con fichas, con papel; los obligan a consumir los efectos que quieren; y, para colmo de injusticia, deshonoran a sus hijas o esposas, llevando la desgracia al seno de las familias y a lo más profundo de los corazones campesinos.

Don Santos era uno de esos hacendados arbitrarios y crueles, que abusan de su posición para tiranizar a los moradores de sus tierras. A aquellos que, bastante orgullosos u honrados, no se sujetaban a su yugo, los lanzaba de sus dominios ignominiosamente, llamándolos ladrones.<sup>15</sup>

Las más vigorosas de las críticas de López Portillo se hacen en forma de declaración directa, como en la cita anterior, pero el cuentista indica muy claramente, a través del relato, hacia dónde van sus simpatías. En el cuento que comentamos, el desenlace —salvación para Nieves y para su amante, y castigo para el lujurioso don Santos— corre a cargo de una providencial “bola”. Los dos jóvenes campesinos se unen a los revolucionarios y cambian su tierra por otra desconocida, sin saber la suerte que les aguarda. El narrador hace ver que no es ésta una solución satisfactoria; pero no ofrece otra, fuera de la norma general que desea inculcar: que la gente debe portarse con decencia.

En *La parcela* (1898), el ambiente en que transcurren los hechos proporciona al autor una buena oportunidad para proseguir su censura de los malos hacendados. Pero no la aprovecha. Hay sólo algunos detalles de interés social: ambición de tierras por parte de uno de los ricos propietarios, opiniones satíricas acerca de la política local, y condenación de la inicua “ley fuga”. Por lo visto, el orden dictatorial había alcanzado un grado de fuerza que impedía ser más explícitos a los escritores.

En una novela post-revolucionaria, *Fuertes y débiles* (1919), reaparece el tema de Nieves. Y la actitud de López Portillo es la misma de su obra anterior: se da cuenta de la injusticia, la denuncia, pero no indica que el remedio esté

en un cambio de la estructura social. Lo que opina es que *algunos* hacendados se portan de manera reprochable, y la solución del problema consiste en cambiar a los hombres, no en mudar las instituciones. López Portillo es un tradicionalista "ilustrado". Deplora el ataque liberal contra la Iglesia en *Los precursores* (1909), y la pérdida de los valores y costumbres tradicionales en *Fuertes y débiles*. En general, parece columbrar vagamente un remedio de los males del país a través de la religión.

Cuando López Portillo se enfrenta al problema de la pobreza de México, se deja llevar a una justificación muy típica del siglo XIX. En *Nieves*, después de comentar las miserables condiciones económicas de los peones, concluye que cuando éstos deseen mejorar de suerte, la tendrán mejor.<sup>16</sup> Lo que no dice es cómo habrá que sembrar en ellos ese deseo de mejora. Sin embargo, su visión del problema era más profunda de lo que hasta ahora se ha pensado. Para probarlo, basten estas declaraciones publicadas dos años después de *Nieves* en su ensayo acerca de John Bright y las leyes de cereales:

Los explotadores de las masas revistense con el manto hipócrita del patriotismo y la filantropía; claman que defienden los intereses públicos, y hacen creer al vulgo ignaro que son bienhechores desinteresados, cuando no son en realidad sino los vampiros despiadados de su débil sangre...; trafican con su miseria, explotan su hambre y le venden a precios fabulosos las migajas con que mantiene su angustiada existencia.<sup>17</sup>

Las ideas expresadas en el párrafo anterior son de índole general, y no se escribieron a propósito de México en concreto. El ensayo da a entender que es preciso hacer conscientes a las masas del estado en que se encuentran —seguramente a través de la educación—; tal puede ser la fuente de donde brote el deseo de una vida mejor, según la reflexión hecha en *Nieves* por el autor. López Portillo no se pone a pensar en los cambios que podría causar en la estructura social el cambio de actitud de los peones. En el mismo volumen de la *Revista Nacional* en que aparece su ensayo sobre John Bright, Telésforo García consagra por lo menos alguna meditación al problema del indio y de la tierra, sugiriendo que

una forma de propiedad en común sería mejor que la propiedad individual.<sup>18</sup>

LO QUE ANTES hemos llamado el "tema de Nieves" —es decir, el del hacendado que se aprovecha de su ventajosa situación para deshonorar a una mujer socialmente inferior— fue la crítica que con mayor frecuencia y concreción se esgrimió contra el hacendado en la novela de la época porfirista. El tratamiento del tema presenta gran número de variaciones. En *Nieves*, constituye el centro de una intriga que se desarrolla con calma, pero con bastante fuerza. La personalidad de la muchacha está un tanto idealizada, puesto que es difícil comprender cómo pudo haberse criado con tan altos ideales de fuerza y virtud en las sórdidas condiciones que la rodean. Evidentemente, López Portillo no es como los naturalistas que creen en la fatalidad del ambiente. Se pregunta por qué las personas desdichadas han nacido para ser lo que son; y sin embargo, se esfuerza por convencer a don Santos de que ofrezca una vida mejor a Nieves. Como siempre ocurre, sus ideas relativas al mejoramiento y al progreso son de índole completamente individual.

En *La mestiza* (1891), Eligio Ancona lleva a cabo una ligera variación del tema, en forma considerablemente más romántica. El cuento es más melodramático que *Nieves*, pero a pesar de sus abundantes características románticas, hay en los personajes una mayor matización entre lo malo y lo bueno que en *Nieves*, cuya técnica es básicamente realista. Lo que se ve hasta la saciedad en *La mestiza* es que los ricos en cuanto clase no tienen el menor respeto por los derechos de los pobres en cuanto clase, sea cual fuere la naturaleza de esos derechos: económica, civil o sentimental. Los pobres temen a los ricos y se esfuerzan por evitar todo contacto con ellos.

El *Pascual Aguilera* de Amado Nervo (1896) incorpora asimismo el tema de Nieves, pero en un lugar secundario. Nervo, que sigue siendo un poeta en sus cuentos, se vale de una especie de relato críptico que permite solamente el desarrollo del tema principal, con exclusión de una amplia crítica social. El objeto del cuento es un estudio psicológico

del protagonista. En el espíritu de éste no hay sitio para la más pequeña duda sobre su derecho a solicitar los favores de una mujer de clase social más baja. Con todo, Nervo no da a entender que tal actitud sea común, puesto que hay en la educación de Pascual ciertos factores que lo impulsan a su actitud egoísta.

Indudablemente, quien emplea en forma más acerada el tema de Nieves es Arcadio Zentella en *Perico*,<sup>19</sup> no obstante que aquí también aparece en situación relativamente secundaria, ya que se trata de una de tantas injusticias cometidas por el hacendado. Sin embargo, es tan vivida la descripción de la brutal conducta de éste, que, comparado con él, el don Bernardo de Gregorio López y Fuentes, en *Tierra*, es un filántropo que convierte su hacienda en refugio para los desdichados. En verdad, haya o no leído López y Fuentes la novela de Zentella —y no existe prueba alguna de que así lo haya hecho—, *Perico* es el precursor espiritual de *Tierra*. Es asimismo un presagio de *Mala yerba* de Azuela (1909), no sólo por lo que se refiere al tema de Nieves, sino también al planteamiento general de los problemas. La novela de Azuela está mejor escrita que *Perico*, pero es menos vehemente. Ninguno de los dos novelistas ofrece una solución bien planeada de los problemas por ellos indicados, pero ambos están de acuerdo en pensar que, por estable que parezca ser en la superficie la sociedad mexicana, las relaciones humanas retratadas en sus obras no pueden proseguir sin serios cambios.

De los varios novelistas que desarrollaron el tema de Nieves, Zentella y Azuela fueron los únicos que se lanzaron a generalizar su crítica social. Los demás escritores expresan por lo común críticas determinadas y concretas, en la medida en que las condiciones se aplicaban a determinados individuos. La crítica que tiene una connotación más general es la implícita, mientras que la crítica que expresan abiertamente suele ser más restringida.

EL PRIMER NOVELISTA cuya crítica del régimen porfiriano alcanzó una calidad que puede llamarse "revolucionaria" con plena justicia es Heriberto Frías, el cual seguramente no lie-

gó a sospechar la efervescencia a que daría lugar su primera novela, *Tomochic* (1893-95). Las circunstancias de su vida lo habían forzado a presenciar los aspectos menos gratos de la sociedad mexicana; <sup>20</sup> había llevado en ciertas épocas una existencia de bohemio, tenía una generosa comprensión por sus semejantes, y estaba predispuesto, con toda naturalidad, a simpatizar con los habitantes del trágico pueblo de Tomochic. No importa el juicio que ahora pueda merecer el fanatismo de los tomochitecos; lo cierto es que su rebelión fue una lucha por la libertad.<sup>21</sup> Y Frías fue el narrador de esta lucha.

La epopeya de Tomochic tuvo su origen en el aislamiento de la población y en el orgullo de sus vecinos. El celo con que defendían sus derechos humanos fue indudablemente lo que les hizo realizar algunas acciones que fueron consideradas impropias por las autoridades. Es evidente asimismo que se levantaron contra ellos varios cargos falsos que llegaron a oídos del gobernador de Chihuahua, el cual no tenía ningún afecto por estos altivos montañeses. El pueblo quedó considerado en estado de rebelión, y se enviaron tropas del gobierno para someterlo. Los tomochitecos, que además de su valor natural tenían el vigor que les daba su fanatismo religioso, fundado en el culto de la "santa de Cabora", lucharon con denuedo. Al principio, las tropas federales sufrieron una derrota desastrosa, y sólo salieron triunfantes cuando, validos de su superioridad numérica, destruyeron metódicamente el pueblo, casa por casa. Fue ésta, quizá, la carnicería más atroz cometida por la dictadura en nombre de la paz.

Heriberto Frías fue uno de los oficiales que llegaron en la última expedición. Al decidirse a escribir *Tomochic*, es muy probable que haya querido escribir un reportaje más bien que una novela. Por lo general, se sirvió de una técnica narrativa muy sencilla. Los elementos que no se relacionan directamente con la campaña, por ejemplo los amores del joven oficial, tienen un tono literario falso y no se ajustan bien al estilo predominante del libro. Parecería que tales elementos fueran brotes de la consciencia literaria del novelista, el cual empleó inconscientemente una expresión más

natural al referirse a la campaña misma. Su tratamiento del pueblo mexicano es el más auténtico que encontramos en la prosa novelística del período de don Porfirio.

*Tomochic* está lleno de alabanzas para las fuerzas federales. Pero era imposible escribir la historia de la campaña sin hacer ver el valor y la tenacidad de los tomochitecos, la abrumadora superioridad numérica de los soldados federales, la inexorable destrucción del poblado, la resistencia de algunos elementos federales a arriesgar su vida por la causa, y la desdénosa actitud de los nortños frente a los soldados del gobierno. No es ésta una novela revolucionaria en el sentido de que recomiende la revuelta, pero expresa dos ideas que eran peligrosas para la dictadura: primera, que algunos mexicanos, no pertenecientes a la clase dominante, estaban dispuestos a defender sus derechos; y segunda, que la revolución era una posibilidad práctica.<sup>22</sup>

Frías ofreció el manuscrito de *Tomochic* a los responsables de *El Demócrata*, los cuales convinieron en publicarlo. El resultado fue que se suprimió el periódico y que el autor fue apresado y condenado a muerte, pues se le acusó de revelar secretos de campaña. Gracias a la heroica intervención de algunos amigos le fue conmutada la pena capital, y Frías fue expulsado del ejército. A raíz de este incidente, se dedicó a escribir en una u otra forma; fue sobre todo un activo periodista, y compuso varias novelas. Siguió sufriendo frustraciones de índole personal y profesional, y su vida no fue ciertamente un camino sin espinas. Las novelas de Frías revelan la esterilidad de su búsqueda de honradez y justicia. Todas las novelas posteriores a *Tomochic* se distinguen claramente de ésta, y constituyen un grupo bastante uniforme. Su finalidad es la crítica social, que el autor emprende de manera abierta e intencional. Los ambientes son siempre urbanos, y los comentarios se refieren a problemas sociales sintomáticos más bien que a las cuestiones fundamentales.

La mejor de estas novelas es *El último duelo* (1896). La intriga se desenvuelve en torno al duelo convencional, y se plantea la cuestión de si es un mal o una manera razonable y deseable de ajustar los pleitos de honra. Ésta fue, a media-

dos de la última década del siglo, una de las cuestiones más candentes que se discutieron en la prensa. Heriberto Frías —y, de rechazo, *El Demócrata*— tomó posición decididamente en contra del duelo. Al asumir esta postura, Frías prescinde del hecho de que el duelo sea o no un medio satisfactorio de arreglar las cuestiones de honor, y afirma que la cuestión de honor no es, de ordinario, sino el fruto de las costumbres de una sociedad hipócrita. Basada en semejante punto de vista, la novela nos muestra al conjunto de la sociedad bajo una luz desfavorable. La acción de *El último duelo* se desarrolla durante la presidencia de Manuel González. Sin embargo, los comentarios sociales son aplicables a años más tardíos, como lo demuestran las demás novelas de Frías. Varias de sus obras son, hasta cierto punto, *romans à clef*, lo cual les confiere un toque más de autenticidad.

Frías es a menudo un escritor pedestre. Cuando se empeña en conseguir elegancia estilística, el resultado es casi siempre absurdo. Es más atractivo cuando se confía en su propia técnica —o falta de técnica— de relato sin adornos, pero el efecto de esta llaneza de estilo varía mucho, en proporción con la hondura de sentimiento que haya en el autor. Ni su prosa ni sus ideas nos ofrecen muchos quilates de belleza, y las últimas novelas que escribió carecen de la calidad épica que con tanta naturalidad reluce en *Tomochic*. En sus novelas reaparecen el tema de la prensa, el de la pobreza y el de la cárcel, pero son asuntos efectistas más bien que preocupaciones profundas. Lo que hacen todas las críticas concretas y menudas es contribuir al tema principal, al más importante de la obra de este novelista: la desilusión resultante de la falta de auténtica honradez en el hombre. Frías nos ofrece, sin duda alguna, el cuadro de una época. Pero, por sincero y demoledor que sea, el lector siente que no llegó hasta el meollo del asunto en ninguna de las novelas posteriores a *Tomochic*.

SERÍA MUY DIFÍCIL precisar hasta qué punto fue *Tomochic* la verdadera causa de la supresión de *El Demócrata*. Este periódico fue la más robusta de las voces de oposición al régimen

de Díaz a mediados de la última década del siglo XIX, y hay sobradas razones para creer que a don Porfirio le hubiera gustado clausurarlo mucho antes de la fecha en que lo hizo. *El Demócrata* era el reducto de los escritores que más abiertamente proclamaron su oposición en estos años: José Ferrel, Querido Moheno, Joaquín Claussel, Heriberto Frías, Rubén M. Campos y varios otros. Sus artículos están bien escritos por lo general, y es grato observar la variedad de tonos en que se expresan, desde la vehemencia sin tapujos de Ferrei hasta las razonadas apelaciones de Campos a la bondad humana. Muchas de sus quejas, a semejanza de lo que ocurre en el conjunto de la prensa opositora, se refieren a las libertades civiles. Sin embargo, los colaboradores de *El Demócrata* supieron calar más hondo, y analizaron no sólo las flaquezas de la *clique* política de don Porfirio,<sup>23</sup> sino también la indole de algunos problemas sociales básicos, como las relaciones obrero-patronales y la injusticia económica para con el indio. Rubén M. Campos, cuya prosa de ficción apenas nos haría sospechar la profundidad de sus preocupaciones sociales, escribió con gran claridad acerca de cuestiones de justicia, cuidándose muy bien de observar que su postura no era socialista.<sup>24</sup>

De tiempo en tiempo los redactores de *El Demócrata* declaraban que no eran revolucionarios, y José Ferrel afirmó explícitamente en un artículo su creencia de que las revoluciones tienen siempre resultados desventajosos para el pueblo.<sup>25</sup> Por si no bastara esta afirmación de puntos de vista, una novela del mismo Ferrel, *Reproducciones*, publicada en *El Demócrata* en 1895 y 1896, muestra cómo un agitador local abandona a sus seguidores en cuanto consigue del gobierno una situación ventajosa. Con su estilo habitual, directo, incisivo y sarcástico, Ferrel demuestra en esta novela el abuso del poder político y la frustración del idealismo, cosas ambas que encontramos también en otras novelas de la época, sobre todo en las de Emilio Rabasa y Porfirio Parra. Es evidente que las objeciones de Ferrel en contra de la revolución se fundan en su experiencia de levantamientos relativamente limitados. No estaba pensando en una revolución social de natu-



raleza más amplia, que se propusiera la transformación de las instituciones con objeto de llevar a cabo las anheladas reformas sociales. A pesar de este punto de vista limitado, la persistencia de la crítica social en producciones literarias y en artículos editoriales, lo mismo que las confusas ideologías que, en pugna unas con otras, se esforzaban en sostener el régimen de Díaz, apuntan hacia una amplia revaloración de los procesos sociales mexicanos.

El *Diario del Hogar* emprendió el ataque contra la posición de los tradicionalistas, declarando que la apatía del pueblo mexicano se debía a la dominadora influencia de la Iglesia, y sosteniendo que la aceptación y el fomento de una moralidad "científica" era la única manera de mejorar el carácter de la nación.<sup>26</sup> Hacia el mismo tiempo, los "científicos", de quienes el país hubiera podido esperar la propagación de esa moralidad científica, estaban siendo criticados, según se ha visto, porque sacrificaban el bien del país con tal de mantenerse y perpetuarse en el poder. Por su parte, José López Portillo y Rojas, tradicionalista de corazón, pero hombre de fuerte conciencia moral, seguía escribiendo obras en que se lamentaba de la injusticia social y expresaba su esperanza de que el remedio de los males se lograra a través del mejoramiento de los individuos. En un monólogo en verso deplora la injusticia de la "leva" con mucha más conmiseración que habilidad poética,<sup>27</sup> y en uno de sus cuentos, *El aguacero*, lanza su condena contra un usurero que ha conseguido apoderarse de todas las tierras pertenecientes a una comunidad indígena.<sup>28</sup> Este breve relato no tiene casi ninguna pretensión desde el punto de vista literario. La codicia de don Baltasar es la que lo lleva a la muerte. La injusticia ejemplificada en el cuento tiene su base en la falta de caridad de un hombre determinado. Lo que el autor revela acerca del carácter de este hombre se lo presenta al lector a través de los pensamientos de un cura que trata de convencer a don Baltasar de que no salga de su casa en medio de un tiempo inclemente, que es lo que causa su muerte. Es el cura quien llama la atención sobre su ambición, que ha borrado por completo todo sentido de caridad, y es también el cura quien deplora su explota-

ción de la humilde gente a la cual debería haber prestado auxilio.

La protesta social más robusta de los últimos años del siglo se encuentra tal vez, dentro del campo novelístico, en las infatigables críticas de Heriberto Frias contra la hipocresía de la sociedad. También habría que tomar en cuenta los cuentos de Ángel de Campo, así como los elementos de protesta discernibles en *La parcela* de López Portillo y en el *Pascual Aguilera* de Amado Nervo.

Es evidente que la dictadura tenía que afanarse cada vez más en mantener su prestigio. Continuaban los ataques en los periódicos, pero la opinión de la prensa se iba centrando más y más en torno a una cuestión de índole estrictamente política: la de la reelección. Y lo que se consideraba en gran parte de estos debates era el problema de la sucesión dentro del grupo que ya estaba en el poder. Con unas pocas y notables excepciones, la cuestión social, a diferencia de la cuestión puramente política, cayó en una somnolencia de la que no despertaría hasta los últimos momentos de la dictadura.<sup>29</sup> Las excepciones que se pueden señalar en el terreno de la novela (el *Perico* de Zentella, los *Bocetos provincianos* de Amador, *Mala yerba* de Azuela) demuestran con toda franqueza los males sociales de México, aunque no está de más advertir que *Perico* y *Mala yerba* no se publicaron en la capital, sino en el interior de la República.

Muy bien puede ser que este silenciamiento de la crítica social en la novela haya sido consecuencia de dos factores no relacionados directamente con el temor a la fuerza de la dictadura. En realidad, uno de los factores vendría a ser todo lo contrario: un temor de que la dictadura se derrumbara, o por lo menos de que se rompiera la estabilidad que gracias a ella reinaba. Vemos, en efecto, que los escritores que criticaron las condiciones sociales de México nunca llegaron a mostrarse favorables a la idea de revolución; lejos de eso, en muchos casos consideraron la revolución como un obstáculo para el progreso. Gracias a la estabilidad conseguida por la dictadura disfrutaban ellos de la oportunidad de observar las cosas y de describirlas en sus libros, y por medio de la es-

tabilidad existente esperaban corregir los males que presenciaban. El segundo de los factores fue la importancia de la tendencia modernista en la literatura. No vamos a emprender aquí un estudio detallado de este movimiento, pero puede decirse que uno de sus resultados fue impedir a sus adeptos la consideración de los problemas prácticos de la sociedad. El modernismo, al fomentar el cultivo de la belleza en abstracto, fue un movimiento anti-realista. Había en los modernistas una tendencia —y decimos “tendencia” porque no se trataba de una actitud dominante— a evitar todo lo que fuera feo. Buen ejemplo de ello nos lo da una nota que pone Severo Amador en sus *Bocetos provincianos*, donde dice que envió uno de los cuentos de este volumen, el intitulado *Triste cuadro*, a un concurso patrocinado por *El Universal*, y que recibió una crítica firmada por Luis G. Urbina, quien elogiaba su realismo y su vigor, pero le decía al autor que su cuento era demasiado feo y le aconsejaba escribir cosas bonitas, que eran las preferidas por las lectoras.<sup>30</sup>

POR MUCHA REPUGNANCIA que los novelistas sintieran para ocuparse de los aspectos desagradables de la sociedad, hay sobradas pruebas de que los vieron en efecto; y por mucho que hayan confiado en que las reformas se llevarían a cabo sin necesidad de violencia, es claro que los hechos de la opresión dictatorial y la persistencia de los problemas fueron debilitando poco a poco esa íntima esperanza. Cuando el periódico de los Flores Magón, *Regeneración*, adoptó en 1901 un tono político militante, sus redactores no tardaron en verse forzados a publicarlo en el extranjero, a pesar de que la postura por ellos defendida no era muy diferente de la que había tenido *El Demócrata* unos seis o siete años antes.

El movimiento floresmagonista tuvo una nueva característica: atrajo a sus filas a cierto número de pensadores, identificados por Cumberland como miembros de la clase media inferior,<sup>31</sup> que poco tenían que perder en caso de revolución, pues carecían de medios de fortuna lo mismo que de prestigio literario. El grupo de los Flores Magón no tuvo, al comienzo, un carácter revolucionario; pero, a semejanza de cualquier

otra acción o expresión nacida de la conciencia social, su persistencia, en oposición al hecho de la opresión dictatorial, no podía menos que desembocar en una revolución.

Durante los años en que este movimiento de los Flores Magón era dirigido desde el destierro en los Estados Unidos, Marcelino Dávalos escribió una serie de cuentos (1902-1908) que finalmente se publicaron en 1915, "bajo los auspicios de la revolución de 1913", con el título de *Carne de cañón*. Estos cuentos tratan de las vejaciones sufridas por los desterrados y por los esclavos en Yucatán. Los desterrados se encontraban en la península yucateca a consecuencia de una "leva" punitiva; los esclavos eran indios a quienes se había "contratado" para ir a Yucatán como trabajadores, pero que eran explotados como siervos de la gleba.

Sobre la situación de esta miserable gente ya había llamado la atención *El Demócrata* en 1893, reimprimiendo un artículo aparecido en *El Tribunal del Pueblo*.<sup>32</sup> En 1910, el *Diario del Hogar* había consagrado al asunto un detallado y espectacular reportaje.<sup>33</sup> Por su parte, Amado Nervo basó en las injusticias de Yucatán un cuento, *La hermosa yaqui*; sólo que en él, a semejanza de lo que ocurre en *Pascual Aguilera*, el autor utiliza el hecho social como ambiente para su creación artística más bien que como tema central. Los cuentos de Marcelino Dávalos son muy distintos. Están escritos en un tono de justa indignación, y hacen sentir al lector los sufrimientos padecidos por unos hombres cuyo único crimen es haber ocupado una posición que, aunque legal y justa, perjudicaba por una razón u otra los intereses de sus superiores. La inhumanidad de algunos de los casos nos hace pensar en la influencia de los naturalistas, con su presentación del *cas extrême*. La técnica narrativa de Dávalos es directa, y la viva simpatía con que trata a sus personajes los hace parecer reales. En algunas ocasiones, su relato tiene la calidad elíptica que suele encontrarse en las obras de Mariano Azuela. Por lo general, hay un buen equilibrio entre las cualidades literarias y los valores sociales de los cuentos.

En 1906, año de la publicación del Programa del Partido Liberal, apareció la segunda edición del *Perico* de Arcadio

Zentella. El libro salió a la luz en San Juan Bautista (Tabasco), veinte años después de publicarse la primera edición. Es muy significativo el hecho de que las condiciones económico-sociales que prevalecían en México hayan provocado ambas publicaciones en un mismo año. El Programa del Partido Liberal se funda en la Constitución de 1857 y especifica cierto número de medidas legislativas gracias a las cuales podrían resolverse los problemas observados a lo largo de todo el período de Díaz: libertad de expresión, libertad de prensa, educación laica, salario mínimo para los trabajadores agrícolas e industriales, y ayuda financiera del gobierno para los pequeños propietarios.<sup>34</sup> Aunque el Programa no señala ninguna medida concreta para el restablecimiento de los ejidos, reconoce la necesidad de esta reforma, según la sugerencia hecha algunos años antes por Telésforo García. Las declaraciones explícitas y detalladas que se hacen en el Programa acerca de los problemas de la sociedad rural representan el primer intento verdadero de una solución.

En su *Perico*, Arcadio Zentella no ofrece ninguna solución a los males, pero es evidente que siente la necesidad de un cambio en la estructura social para que acabe la relación feudal existente entre el peón y el propietario. Prescindiendo del acontecimiento que el autor introduce como desenlace, se ve que el peón no tiene ninguna posibilidad de librarse de los caprichos del hacendado. Zentella revela en otros escritos<sup>35</sup> sus ideas socialistas así como su posición atea. Las clases bajas deben coordinar sus esfuerzos para acabar con el poder dominante de la Iglesia, del ejército profesional y de los capitalistas. El autor ataca al cristianismo en general, pero en su *Criterio revolucionario* se sirve de la Iglesia católica romana como de un ejemplo, porque ve en ella la explicación de todos los males sociales de México.

El procedimiento de la actual [revolución] necesariamente debió ser, y así es, destruir el militarismo profesional... La revolución debió atacar y está atacando a la cleresía [sic], porque ésta es la aliada natural del militarismo y la que más ha contribuido a mantener a la víctima, pueblo, en la ignorancia para facilitar su explotación.

Del ataque de la revolución no debe librarse el capital, tanto porque también es el aliado del clero y del militar, cuanto porque el capital representa trabajo acumulado del pueblo, pues el capital no puede formarse de otra manera que acumulando el valor sobrante del trabajo después de satisfacer los gastos de producción...

Jamás los hombres serán iguales..., pero la Revolución habrá llegado a sus fines cuando sea difícil percibir la diferencia social entre un hombre y otro.<sup>36</sup>

Zentella refuta en dos plumadas los diversos principios y fundamentos ideológicos del período porfirista echándolos todos en un saco y declarando la necesidad de un proletariado militante. La lógica de su línea de razonamiento es a veces cuestionable, pero no cabe duda de que su absoluta falta de compromisos con las posturas tradicionales le dio la posibilidad de avanzar sin titubeos a través de la confusión ideológica del momento. Estas ideas se publicaron varios años después de la segunda edición de *Perico*, de manera que es difícil establecer su relación cronológica con la novela y estudiar su proceso de desarrollo en la mente del autor. Lo que podemos presumir con mucha verosimilitud es que las cualidades que hicieron concebir semejantes ideas a Zentella lo capacitaron asimismo para escribir una novela tan vigorosamente crítica como *Perico*. Es éste un libro sin pretensiones. El autor escribe en un estilo sencillo y directo, desnudo de galas literarias. Sus personajes son claros en virtud de la simpatía con que están tratados, y esta cualidad es la que despierta el interés del lector y la que explica la importancia de la novela.

Es interesante observar que, mientras *Carne de cañón* de Marcelino Dávalos no se publicó sino después de la caída de don Porfirio, y *Perico* se imprimió lejos de la ciudad de México, Severo Amador pudo perfectamente publicar en 1907, en la capital de la República, sus *Bocetos provincianos*. Estos bocetos nos presentan a individuos de la clase baja en diversos estados de miseria, y la nota predominante es la combinación de esperanza y de heroísmo en la actitud de los personajes. El tratamiento es realista, y Amador no se cuida de evitar la fealdad. Sin embargo, lo que le interesa no es provocar

la simpatía del lector mediante la presentación de tan horribles condiciones sociales, sino más bien mostrar que esos desdichados individuos merecen simpatía a causa de las buenas cualidades que poseen. Uno de los personajes, la mujer del cuento intitulado *El Corpus de Maximino*, ha sentido renacer en su vida la esperanza gracias a un estudiante que le ha comunicado las avanzadas ideas sociales leídas por él en su "Jorki" o "Forki" de "Prusia".<sup>37</sup> Amador le dice al lector que escribe con la esperanza de mejorar la suerte de todos aquellos que sufren de falta de alimento para el cuerpo o para el espíritu. Al crear simpatía para los personajes de sus *Bocetos*, espera echar por tierra las barreras que existen entre los hombres. De sí mismo dice que no es en realidad un socialista, porque cree que las metas de los socialistas son inalcanzables dada la actual naturaleza del hombre, pero añade que los cambios que se operen en el hombre podrán convertir en realidad el sueño socialista.<sup>38</sup>

A MEDIDA QUE AUMENTABA el calor de la discusión política, algunos periódicos comenzaron a considerar con mayor osadía los problemas sociales, y es evidente que la cuestión que juzgaron de mayor importancia fue la de la propiedad de la tierra, la cual no se había estudiado hasta entonces sino de manera ocasional. El exacerbamiento de las actitudes anti-porfiristas puede verse muy claramente en *La Revista de Mérida*, en los años 1908 y 1909. Uno de los más conocidos colaboradores de esta publicación, Rafael Zayas Enríquez, cuyas novelas demuestran una notable comprensión de las cuestiones sociales —aunque esto no lo lleva directamente a criticar el régimen de Díaz—, publicó en 1908 unos análisis políticos escritos con clarividencia, pero también con mesura, en los cuales declaraba que la estabilidad, resultado del continuado predominio de un solo grupo, era una rémora para el progreso. En los primeros meses de 1909, la combatividad de *La Revista de Mérida* había llegado a tal grado, que el 14 de abril publicó en la plana editorial el relato de un incidente en el que el gobierno había declarado "baldías" ciertas tierras habitadas y cultivadas de hecho por los indios. El

25 de noviembre del mismo año, Emilio Vásquez sugirió en *El Diario del Hogar* que el gobierno adquiriera tierras mediante venta libre por parte de sus dueños, y las revendiera a precios moderados para impulsar los cultivos de los pequeños propietarios.

Es evidente que, hacia estos momentos, muchos otros escritores consideraban intolerables las condiciones económico-sociales existentes en el México rural. La novela de Mariano Azuela, *Mala yerba*, publicada en 1909, se ha solido tomar como la única expresión novelística de las relaciones feudales campesinas escrita con anterioridad a la Revolución. Pero lo cierto es que *Mala yerba* no es esa expresión única, sino solamente una entre varias. Pertenece a un grupo bastante nutrido de novelas y cuentos, en que sobresalen de manera particular *Nieves* y *Perico*, sin hablar de representantes menos notables, como *La mestiza* y *Pascual Aguilera*. Otro hecho evidente es que estas producciones novelísticas, lejos de ser expresiones aisladas de crítica social, tienen una relación clarísima con el pensamiento de la época, y el tratamiento que reciben los temas en cada una de ellas refleja la ideología y la finalidad peculiares del autor. Sin embargo, la atribución de un valor especial a *Mala yerba* suscita ciertas cuestiones que merecen un examen.

Comencemos por un hecho muy sencillo: ninguna de las novelas que hicieron crítica social en la primera década de nuestro siglo se difundió ampliamente en el momento de salir a la luz. *Los fracasados*, novela publicada por Azuela en 1908, sufrió el mismo relativo olvido que *Mala yerba*. Algunas razones para su escasa difusión las hemos señalado en páginas anteriores, al llamar la atención sobre las restricciones impuestas a la libertad de crítica social en la novela durante los últimos años del siglo XIX. Otra de las razones fue seguramente la repugnancia por los cuadros feos y desagradables, que era uno de los postulados del movimiento modernista. Por otra parte, ni Azuela, ni Zentella ni Amador pertenecían al círculo de los novelistas reconocidos. Tampoco habían desplegado gran actividad en la prensa. Teniendo en cuenta las circunstancias de la época, no debe sorprendernos que sus



obras no hayan causado mucho furor. Sin embargo, podemos presumir, con visos de verosimilitud, que sus obras contribuyeron, aunque fuera modestamente, a la marea de protesta que lentamente se había ido formando durante muchos años, pues quien lee estos libros no puede menos de sentirse tocado por el vívido y caluroso retrato que los autores hacen de "los de abajo".

La reputación de *Los fracasados* y de *Mala yerba* descansa en muy buena medida sobre el éxito de *Los de abajo*. Es cosa sabida que la obra de Azuela sufrió de una notable falta de atención durante largos años. Una vez que se "descubrió" el valor de *Los de abajo*, reconociéndose su mérito en cuanto novela de la Revolución, fue natural que se examinaran también las primeras obras de Azuela, y que se descubriera una ideología revolucionaria en esas novelas escritas antes de 1910. Los otros novelistas no tuvieron la fortuna de escribir en el período revolucionario una obra excelente que invitara a análogo reconocimiento.

Pero en realidad, ni desde el punto de vista de la ideología ni desde el punto de vista del desarrollo novelístico hay en *Los fracasados* ni en *Mala yerba* algo que no pueda encontrarse igualmente en otras obras de la época de Díaz. *Los fracasados* no es una novela aislada, sino que pertenece a un grupo de obras, de Emilio Rabasa y Porfirio Parra, por ejemplo, en que se presenta la corrupción predominante en la política y en la sociedad, contrastándola con la inutilidad del idealismo. Rafael Delgado y Heriberto Frías contribuyeron ciertamente con algunas pinceladas a ese cuadro, y hay en *Los fracasados* notables semejanzas con *Reproducciones*, de José Ferrel. Por lo que se refiere a *Mala yerba*, ya hemos apuntado arriba su parecido con otras novelas. El tema principal no tiene la fuerza con que ese mismo tema se desarrolla en *Nieves* o en *Perico*. Sería difícil estimar el grado de influencia que tuvieron estas novelas sobre la obra de Azuela, en caso de que haya habido tal influencia. En realidad, esa estimación sería no sólo difícil, sino también inútil. El hecho importante es que las primeras novelas de Azuela no fueron clamores en el desierto.

Nos creemos capacitados para emitir estos juicios acerca de la obra novelística de Azuela anterior a 1910, porque nuestras investigaciones sobre el tema del presente artículo nos permiten colocarnos en el período de la dictadura y ver en su lugar propio *Los fracasados* y *Mala yerba*. Son, desde luego, buenas novelas, dignas de cuidadoso estudio. Aunque no son lo mejor de la producción del gran novelista, están escritas muy decorosamente. Las influencias realistas que en ellas se manifiestan son las mismas que sufrieron otros escritores de la época. Sin embargo, tenemos la impresión de que ni el estilo ni la ideología de Azuela habían madurado plenamente. En años sucesivos, el autor asimilaría la influencia del realismo acomodándola a sus propias necesidades de expresión, y así se formaría su estilo personal en obras más tardías. En cuanto al contenido ideológico, el Azuela de las primeras novelas no era más revolucionario que un López Portillo, un Ferrel, un Frías, o tantos otros autores que escribieron durante la dictadura. Es un error, pues, considerar esas obras primerizas como una especie de punto decisivo en la evolución de la novela mexicana. Pertenecen, ni más ni menos, al período en que se publicaron. El punto decisivo sobrevino con las novelas fundadas por Azuela en la verdadera experiencia revolucionaria.

NO CABE DUDA de que muchos novelistas de la época de Porfirio Díaz vieron la necesidad de una reforma social. Desde 1910 hasta ahora, son muchos los críticos que se han preguntado por qué no trataron con mayor vigor esos problemas, y que los han censurado por su relativo silencio. Pero sus actitudes, en particular las que se refieren a las consecuencias previsibles de una revolución, sólo pueden comprenderse si nos colocamos en el punto de vista de los años anteriores a 1910. Cuando la Revolución se convirtió en un hecho, algunos, como Azuela, tomaron parte en ella; otros, como Rabasa, abandonaron el país a la caída del régimen de Díaz. Desde nuestro punto de vista actual, no es fácil ver de qué modo hubiera podido seguir apoyando a Díaz un hombre como Rabasa, pues conocemos sus ideas. Fuerza es admitir,

sin embargo, que la conciencia no produce necesariamente la clarividencia. Desde luego, la experiencia de muchos años de historia mexicana no era muy apta para hacer pensar razonablemente a estos hombres que una revolución traería los cambios que tanto urgían. Y, desde el punto de vista de ellos, aun en caso de que las instituciones cambiaran, ¿por ventura habría significado esto, necesariamente, un cambio en la manera de ser de los hombres? Son muy reveladoras, para la valoración de esos escritores, unas palabras que el propio Mariano Azuela escribiría años más tarde: "Con amarga tristeza pensamos que nuestro gran error no consistió en haber sido revolucionarios, sino en creer que con el cambio de instituciones y no la calidad de hombres, llegaríamos a conquistar un mejor estado social."<sup>39</sup>

#### NOTAS

<sup>1</sup> La investigación que constituye la base del presente artículo se empuñó gracias a una beca concedida por la American Philosophical Society.

<sup>2</sup> Un estudio de la ideología expresada en estas dos novelas puede encontrarse en el artículo de Luis REYES DE LA MAZA, "Nicolás Pizarro, novelista y pensador liberal", *Historia Mexicana*, vol. VI (1956-57), pp. 572-587, y en el de María del Carmen MILLÁN, "Ideas de la Reforma", *Cuadernos de Orientación Política*, septiembre de 1956, pp. 27-47. El mejor análisis de la obra novelística de Pizarro es el de la propia profesora MILLÁN intitulado "Dos utopías", *Historia Mexicana*, vol. VII (1957-58), pp. 187-206, donde se examina detalladamente la ideología de Pizarro y se la relaciona con la de Altamirano.

<sup>3</sup> Emilio RABASA, *Retratos y estudios*, ed. de México, 1945, p. 115. En el campo novelístico, la expresión de este concepto se encuentra en *La guerra de tres años*.

<sup>4</sup> Joaquina NAVARRO, *La novela realista mexicana*, México, 1955, p. 23.

<sup>5</sup> Enrique LAUBSCHER, "La instrucción de la raza indígena", *Boletín de la Sociedad Sánchez Oropeza* (Orizaba), vol. I, núm. 1 (15 de junio de 1884), pp. 8-15.

<sup>6</sup> Leopoldo ZEA, *Apogeo y decadencia del positivismo en México*, México, 1944, p. 86.

<sup>7</sup> *El Padre Cobos*, Quinta época, núm. 3 (17 de enero de 1880), p. 2.

<sup>8</sup> *El Lunes*, vol. I, núm. 27 (10 de octubre de 1881), p. 3. En el periódico se señala que el responsable de la gacetilla y de los artículos sin

firma es M. Villalva; sin embargo, hay buenas razones para creer que el autor de este artículo es el propio Quevedo y Zubietta; así lo indican la fuerza y la claridad de la acusación, como también el estilo.

9 Mario GILL, "Teresa Urrea, la santa de Cabora", *Historia Mexicana*, vol. VI (1956-57), pp. 626-644.

10 Carlos TORRES MANZO, "Perfil y esencia de Rafael Delgado", *Cuadernos Americanos*, año XII (1953), número 4, p. 259. Haciendo una generalización a través de su referencia a Delgado, el autor del artículo añade (*ibid.*): "Rafael Delgado con sus escritos populares, con sus escenas provincianas y con sus cuadros de tipos locales, fue, entre otros, el precursor de la revolución literaria que iba a cambiar en lo sucesivo la faz de las letras mexicanas. Mientras más paz había, las oportunidades para la rebelión aumentaban paralelamente."

11 Describiendo una multitud que asiste a una corrida de toros, dice Delgado en su cuento "Torooooo", publicado en la *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, vol. I (1889), p. 314: "...en fin, la espuma y las heces de la clase baja, de esa clase de donde suelen salir, lo mismo el revolucionario que llega a ser más tarde coronel y diputado, que el obrero de singulares dotes; el cura infatigable de las regiones montañosas y el criminal monSTRUOSO; en una palabra —que es preciso decirlo—, todo un pueblo vigoroso, enérgico y valiente, que no sabe lo que es el miedo, que ama el peligro por lo que tiene de extraordinario y sublime, y por cuyas venas corre una sangre apasionada y heroica, de los Castellanos heredada, la sangre latina."

12 Joaquina NAVARRO, *op. cit.*, pp. 178-182.

13 *Ibid.*, p. 180.

14 Mauricio MAGDALENO, "Alrededor de la novela mexicana", *El Libro y el Pueblo*, vol. XIV (1941), núm. 4, p. 1.

15 José LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, *Cuentos completos*, Guadalajara, 1952, vol. I, pp. 23-24.

16 LÓPEZ PORTILLO, *op. cit.*, vol. I, p. 41: "La necesidad ha engendrado el progreso; donde no hay necesidad no hay estímulo, ni mejoramiento, ni vida civilizada. Nuestros labriegos saldrán de la abyección en que vegetan el día en que aspiren a comer bien, a vestir decentemente y a procurarse comodidades. Al elevarse su nivel moral, se levantará el de la república."

17 LÓPEZ PORTILLO, "John Bright", *Revista Nacional de Letras y Ciencias*, vol. I (1889), p. 226 (numerada 126 por equivocación).

18 Telésforo GARCÍA, "La propiedad territorial en sus relaciones con el Estado", *ibid.*, p. 285 (numerada 185).

19 Zentella se había propuesto publicar una serie de novelas bajo el título general de *En esta tierra, Esbozos a la brocha*, pero la única que llegó a imprimirse fue *Perico*. Aunque en la portada de la primera edición aparece la fecha 1885, la novela se publicó en *La Idea*, periódico de San Juan Bautista (Tabasco), de agosto de 1885 a enero de 1886.

Manuel Sánchez Mármol, en un comentario impreso al final de *Perico*, manifiesta su creencia de que Zentella decidió no proseguir su serie novelística porque *Perico* no le había reportado otra cosa que mala voluntad. (*En esta tierra, Esbozos a la brocha, Perico*, San Juan Bautista, 1885, p. 213.) *La Idea* dejó de publicarse justamente al imprimir la última entrega de la novela.

<sup>20</sup> Véase el artículo "Heriberto Frías", en *Biblos*, vol. I, núm. 45 (noviembre de 1919), pp. 1-2. Cf. asimismo el autobiográfico libro de Frías, *Misérias de México*, 1916.

<sup>21</sup> Mario GILL, art. cit., pp. 642-644.

<sup>22</sup> Germán LIST ARZUBIDE, "Tomochic y los usurpadores revolucionarios", *El Libro y el Pueblo*, vol. XII, núm. 12 (diciembre de 1934), pp. 611-614.

<sup>23</sup> Véase, por ejemplo, el artículo de José FERREL, "Los porfiristas no quieren a don Porfirio", *El Demócrata*, vol. I, núm. 5 (7 de febrero de 1893), p. 1.

<sup>24</sup> Rubén M. CAMPOS, "Mezquindades del trabajo", *ibid.*, vol. III, núm. 226 (12 de julio de 1895), p. 1. Hay un artículo de fecha anterior, intitulado "Los parias", *ibid.*, vol. II, núm. 147 (4 de abril de 1895), p. 1, y publicado sin firma, pero que, escrito en el mismo tono, bien puede deberse a la pluma de Campos. Es notable su manera de reconocer y valorar la actividad socialista en México: "No somos socialistas, ni comunistas, ni nos agrada halagar siquiera las sombrías ideas que, surgiendo de la más profunda ignorancia económica, sirven a tres o cuatro artesanos díscolos y ambiciosos para excitar el sentimiento de odio de sus compañeros hacia todos los que llaman capitalistas."

<sup>25</sup> J. FERREL, "Revolucionarios sin vergüenza", *ibid.*, vol. II, núm. 108 (14 de febrero de 1895), p. 1.

<sup>26</sup> Antonio ALBARRÁN en *El Diario del Hogar*, vol. XV, núm. 54 (19 de noviembre de 1895), p. 1.

<sup>27</sup> José LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS, "Carne de cañón", *El Tiempo Ilustrado*, vol. IV, núm. 137 (4 de marzo de 1894), pp. 69-70.

<sup>28</sup> LÓPEZ PORTILLO, "El aguacero", *Flor de Lis* (Guadalajara), vol. I, núm. 3 (19 de mayo de 1896), pp. 21-22.

<sup>29</sup> Sobre la posición de la prensa durante los últimos años de la dictadura de Díaz, véanse las interesantes observaciones (naturalmente, muy breves) que hace Francisco RAMÍREZ FLANCARTE en su libro *La Revolución mexicana*, México, 1948.

<sup>30</sup> Severo AMADOR, *Bocetos provincianos*, México, 1907, pp. 67-70.

<sup>31</sup> Charles C. CUMBERLAND, "The precursors of the Mexican revolution of 1910", *The Hispanic American Historical Review*, vol. XXII (1942), p. 344.

<sup>32</sup> Francisco J. QUINTANILLA, "Hechos que pugnan abiertamente contra la civilización del siglo XIX", *El Demócrata*, vol. I, núm. 5 (7 de febrero de 1893), p. 2.

33 "La esclavitud en México", *El Diario del Hogar*, vol. LVI, núm. 15 (4 de octubre de 1910), pp. 1 y 4.

34 Sobre el Programa del Partido Liberal, véase el artículo de Charles C. CUMBERLAND, "An analysis of the program of the Mexican Liberal Party", *The Americas*, Washington, vol. IV (1947-48), pp. 294-301.

35 Cf., por ejemplo, *Gobierno del Estado de Yucatán. Criterio revolucionario*, Mérida, 1915.

36 *Ibid.*, pp. 41-42.

37 Severo AMADOR, *Bocetos provincianos*, *op. cit.*, p. 14.

38 *Ibid.*, "Al lector".

39 Mariano AZUELA, *Cien años de novela mexicana*, México, 1947, p. 222.